

## **El peronismo en la primera hora**

*Mendoza, 1943-1946*



**UNCUYO**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO

Mendoza, República Argentina

Esta obra obtuvo el primer premio del concurso Premio Ensayo de divulgación EDIUNC Ida y vuelta 2013, según dictamen del jurado integrado por Adriana Petra, Patricia Piccolini y Patricia Rodón.

# **El peronismo en la primera hora**

## Mendoza, 1943-1946

Mariana Garzón Rogé

Ilustraciones de Marcelo Marchese

Premio Ensayo de divulgación EDIUNC Ida y vuelta 2013

**EDIUNC** Mendoza, 2014

---

Garzón Rogé, Mariana

EL PERONISMO EN LA PRIMERA HORA:

MENDOZA, 1943-1946 / Mariana Garzón Rogé; con  
prólogo de Beatriz Bragoni. – 1ª ed. – Mendoza: Editorial  
de la Universidad Nacional de Cuyo, EDIUNC, 2014.  
160 p: il.; 23x14 cm – (Ida y vuelta; 3)

ISBN 978-950-39-0299-8

1. Historia del Peronismo. 2. Historia Política de  
Mendoza. I. Bragoni, Beatriz, prolog. II. Título  
CDD 320.982 64

---

Imagen de tapa: Marcelo Marchese

EL PERONISMO EN LA PRIMERA HORA:

MENDOZA, 1943-1946

Mariana Garzón Rogé

Primera edición, Mendoza 2014

COLECCIÓN IDA Y VUELTA N° 3

ISBN 978-950-39-0299-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

©EDIUNC, 2014

<http://www.ediunc.uncuyo.edu.ar>

[ediunc@uncuyo.edu.ar](mailto:ediunc@uncuyo.edu.ar)

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

## Agradecimientos

Este libro reelabora parte de los resultados de una investigación más amplia sobre la experiencia del primer peronismo en Mendoza. El viaje mayor comenzó en 2007, en el marco de una tesis de doctorado en historia que defendí cinco años después en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Durante ese tiempo, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) me ofreció el apoyo institucional necesario para poder consagrar tiempo y energía a la aventura. Formada en la universidad pública y financiada para poder construir una modesta barcaza en el ámbito académico, quiero agradecer las oportunidades que este país me ha dado para perseguir mis objetivos. El Centro Científico y Tecnológico de Mendoza y el Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani fueron sucesivamente mis lugares de labor. Otras instituciones, como la Universidad Nacional de Cuyo, la Universidad de Buenos Aires y la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, patrocinaron proyectos de investigación de los cuales formé y formo parte.

En el viaje encontré a muchas más personas de las que puedo evocar aquí. Me contentaré con agradecer las enseñanzas y el acompañamiento de un puñado de ellas, tal vez de las que más cerca siguieron mi itinerario. Beatriz Bragoni, directora de mi tesis, apostó por la ruta que le propuse desde que nos conocimos y me aconsejó paso a paso a lo largo del camino contagiándome su entusiasmo por lo que había en el horizonte. Omar Acha fue siempre generoso conmigo, cuántas veces escuchó mis relatos andariegos con la paciencia de quien intuye un crecimiento posible en la próxima posta y, sin embargo, no se apura por indicar para dónde hay que ir. Liliana Vela fue una compañera tenaz no solo en los tramos en los que paseaba sentada a mi lado sino también en aquellos en los que yo podía verla saludándome desde la orilla. Carlos Egües y Fernando Devoto avalaron mis mapas y me hicieron señas firmes para proseguir, codirigiendo sucesivamente las becas de investigación que tuve. Juan Carlos Torre, Estela Spinelli y Nicolás Quiroga integraron el tribunal

ante el cual defendí mi tesis. Los tres custodiaban puertas que, aunque distintas entre sí, me dejaron acceder a útiles cajas de herramientas y a provisiones decisivas para continuar o modificar el rumbo.

Tendría que mencionar a muchos amigos y colegas que también contribuyeron en el periplo. A personas que leyeron, escucharon y debatieron mis ideas. A personas de quienes aprendí mucho de lo que ahora sé o con quienes comenzamos a pensar en colectivo sobre ciertos temas y enfoques. A mis compañeras de equipo de investigación de Mendoza, a mis compañeros y compañeras de Ubacyt en Buenos Aires, a mis colegas de todo el país de la Red de Estudios sobre el Peronismo y a tantas otras tribus que tuve la suerte de cruzar en seminarios, reuniones y cafés, aquí cerca y también en lejanos continentes. La buena predisposición del personal de archivos y bibliotecas para facilitar las búsquedas y la de testigos de la época para prestarme sus recuerdos fueron buenos aliados en la travesía.

Mis padres Carlos Garzón y Cecilia Rogé y mis hermanas Ana y Gabriela siguieron la deriva de mis andanzas con cariño. También lo hicieron mis abuelos, mis cuñados, mis tías, los Perelman Dabas y los Zdrojewski en toda su extensión. Buenos amigos y amigas amenizaron los recreos y aplacaron los vértigos de los atajos durante estos años. Vaya un agradecimiento especial a la tripulación sociológica y, sobretudo, a un compañero de discusiones vespertinas como Germán Fernández.

Me queda nomás saludar la compañía cotidiana de quien fue mi socio indispensable en este viaje como en tantos otros, Mariano Perelman. A él y a nuestra pequeña hija Alina les dedico este libro.

## Una pieza del mosaico peronista

| 9

Beatriz Bragoni,  
doctora en Historia (Conicet-UNCuyo)

Este libro constituye un digno ejemplo de cuánto el estudio del pasado político de una provincia argentina permite entender el funcionamiento y transformación del sistema político nacional en el corto y largo plazo. Dicha afirmación reside primordialmente en que la cuidadosa y documentada versión que Mariana Garzón Rogé ofrece sobre la formación del peronismo mendocino, no solo aporta un eslabón más al repertorio de investigaciones que desde hace veinte años ha contribuido a abonar el nutrido corpus bibliográfico sobre los estudios del peronismo en el interior del país. Constituye, además, un estupendo relato que sostenido en las vertientes más renovadas de la historiografía política contemporánea, permite examinar el peso de las condiciones locales y la decidida intervención de los actores políticos en ese resultado. De tal forma, el libro se erige como una especie de laboratorio sujeto de igual modo a la incertidumbre en la que las agrupaciones y políticos provinciales se vieron obligados a gestionar la dramática coyuntura de la Argentina de entreguerras, la manera en que tuvieron que procesar sus diferencias, y disponerse a nuevos realineamientos partidarios ante la creciente intervención de los sindicatos en la vida política y al irrefrenable liderazgo de Perón, convertido en heredero nato del régimen militar inaugurado en el invierno de 1943.

La originalidad del ensayo reside en varios planos aunque vale la pena destacar solo algunos que el lector curioso como el más entrenado, podrá apreciar a medida que recorra sus páginas. El primero reposa en el énfasis

depositado en el contexto político e ideológico en el cual el sistema político provincial se vio afectado por la novedad producida en Buenos Aires ante la irrupción de los coroneles filofascistas en la médula del poder político nacional. Aquí, como en otras cosas, el clima imantado por la Segunda Guerra Mundial no se presenta como un simple escenario desprovisto de anclajes locales: en su lugar la puja entre democracia y nazifascismo aparece restituida a través de la consulta de exponentes de la prensa local animada no solo por los grandes formadores de opinión provinciana, sino también y sobre todo por un discreto elenco de periódicos menos rutilantes que en manos de grupos minúsculos, aunque muy activos, vigorizaban el debate público de aquellos años. Esos verdaderos tesoros alojados y nunca explorados en nuestras bibliotecas públicas, le permitieron extraer evidencias firmes de una pluralidad de voces provincianas inclinadas por ganar y crear opinión sobre uno u otro bando del conflicto mundial. Sobre la base de ese fascinante viaje al pasado político provincial, Garzón Rogé hincó el diente descubriendo temas medulares de la agenda pública: ante todo puntualiza la manera en que la gestión gubernamental de los demócratas, encaramados en las principales magistraturas estatales desde el golpe de 1930, había sido puesto en entredicho por el fraude, la violencia política y el patronazgo estatal. De tal modo, el estilizado arbitrio entre el peso aportado por el contexto, y las prácticas ensayadas por las dirigencias locales, no hace de los actores simples marionetas de un juego político dirigido desde la capital de la Nación; aquí, como en otras cosas, la historia que nos cuenta Garzón Rogé une o vincula ambas dinámicas políticas ofreciendo evidencias indicativas de que cualquier política dirigida desde el centro del poder ha de tener en cuenta las situaciones locales, y sostenerse en agentes o actores inclinados, por convicción o no, a canalizar cualquier iniciativa política. El libro ofrece múltiples ejemplos en este sentido aunque quizás los más significativos sean las frustradas negociaciones ideadas por el gobierno de la revolución para que los demócratas, liderados por el doctor Adolfo Vicchi, dotaran de bases locales al *régimen juniano*, y las más exitosas gestiones realizadas entre Perón y los radicales que ingresaron a la coalición electoral que lo consagró presidente constitucional en los comicios de 1946. Pero esa contundente evidencia, esto es, la manera en que una porción de radicales disidentes de la conducción partidaria volcó sus adhesiones y voluntades al coronel rescatado por las multitudes peronistas en la jornada del 17 de octubre, queda en suspenso con el fin de controlar algún tipo de anacronismo que entorpezca restituir la gama de opciones, estrategias y



argumentaciones que envolvieron a las dirigencias políticas y sindicales en la incierta coyuntura de 1945 que dieron vida al peronismo provincial.

La reacción nacionalista, clerical y anticomunista enarbolada por la revolución triunfante, constituye quizás una de las vetas más fecundas para interpretar el suelo cultural e ideológico que permitió amalgamar tales adhesiones. No se trata en este caso de consignar en cuánto los políticos locales excluidos del juego institucional, se hacían eco del malestar reinante sobre los vicios y trampas electorales, ni tampoco sobre la plaga de corruptelas que modelaban las prácticas de la administración que llegaban hasta las más altas magistraturas del gobierno, y que incluía un descuento mensual fijo a los empleados públicos que eran puestos al servicio de la maquinaria del partido oficial. El núcleo duro del consenso local al régimen militar residía especialmente en sensibilidades y creencias nacionalistas extendidas en la sociedad y en la cultura provincial: el «fascismo a la criolla», como se lo llama, incluyó la aceptación casi unánime del establecimiento de enseñanza religiosa en las escuelas públicas, la expulsión de profesores universitarios que portaran credenciales liberal-democráticas, y la no menos relevante convicción de que era necesario extirpar de raíz cualquier disonancia a una concepción católica y anticomunista de la Nación que había dado lugar a ajustar la vigilancia y reprimir a militantes de izquierda (comunistas y socialistas obreros), al tiempo que animó manifestaciones multitudinarias fogueadas por agrupaciones nacionalistas.

La puesta en jaque de la política partidaria y el cambiante juego de alianzas que llevaron a cabo las agrupaciones políticas ante el inminente desenlace de la guerra a favor de los aliados, y su impacto correlativo en la médula del poder militar, constituye otro nudo temático que Garzón Rogé explora con destreza. La novedad radica especialmente en la manera en que ese cambio de «ambiente» y la integración de los radicales disidentes a la coalición gobernante, modeló giros y prácticas en los partidos que hasta la víspera habían sido rivales vigorizando la versión vernácula de un «frente democrático», animado especialmente por dirigentes comunistas, socialistas y demócratas quienes ajustaron viejos litigios en aras de preservar el mandato constitucional y el lugar que la política partidaria les reservaba como políticos profesionales o activos. Garzón Rogé aquí no solo ofrece testimonios elocuentes de aquella reconfiguración de las fuerzas provinciales que dinamizó los entretelones del juego político en la bullente coyuntura de mediados del año 1945 adquiriendo forma en reuniones, publicaciones periódicas y manifestaciones multitudinarias que vociferaron más de una vez versiones libres de *La Marsellesa*. Exhuma

también e interpreta la reunión provinciana de voces de izquierda y derecha que tematizaron, como lo hizo el mismísimo doctor Ángel Bustelo, la «ley de hierro» de aquella hora crítica en la cual la dicotomía entre «democracia y dictadura», entre «civilización y barbarie», invitaba a enlazar el presente político de excepción con la tradición liberal y reformista de Roque Sáenz Peña, Domingo F. Sarmiento y Bernardino Rivadavia. A su vez, la coyuntura extremó la distancia en la galaxia radical, más precisamente entre los reunidos en el Comité Provincia y los «colaboracionistas» que detrás del sanrafaelino Faustino Picallo, habían hecho pie en la Municipalidad de la Capital gracias a la intervención militar, haciéndose eco de la condena oficial sobre la «mala política», enarbolando la nueva fórmula de «democracia social», y activando una serie de iniciativas destinadas al bienestar del pueblo. Es en ese ejercicio cotidiano de la política, es decir en los contrastes de los estilos y formas de hacer política practicados por unos y otros donde se localizan algunas importantes claves de las transformaciones de la cultura política provincial y nacional: de un lado, el que distinguía las rutinas y estilos militantes o proselitistas del comité; del otro, el que vinculaba el «trabajo político profesional» con la gestión de beneficios y servicios sociales y recreativos que traspasaban el umbral del partido y dotaban de nuevos usos y significados al espacio público.

El cambio en las reglas del juego político no resultó independiente de la metamorfosis operada en el mundo del trabajo y de las organizaciones obreras que habían crecido en la etapa de entreguerras gracias a la recuperación económica que siguió a la recesión y el desempleo de los años treinta, y al estímulo estatal u oficial. Se trata por cierto de un nudo temático crucial para entender los pormenores de los orígenes del peronismo mendocino, y ensayar hipótesis sobre fenómenos sociales y políticos poco o mal estudiados de la historia provincial. El interés de la pesquisa radica especialmente en que permite apreciar la variada fisonomía de las organizaciones sindicales, y la importancia que en vísperas del peronismo, había alcanzado la actividad gremial para los trabajadores formales. El cuadro que pinta Garzón Rogé de esa experiencia es original y esclarecedora: se trata de un universo organizacional complejo caracterizado por una multiplicidad de gremios, ideologías y formas de lucha que incluían a sindicalistas, comunistas, socialistas obreros y católicos, con predominio de sindicatos ligados al sector agroindustrial y de servicios, aunque el dato para nada menor que emerge del detalle trazado, hace de las agencias estatales vectores primordiales de la creciente sindicalización de empleados públicos, y en campo de rivalidades entre las nuevas dirigencias sindicales

ya peronistas, y las viejas guardias comunistas ubicadas en el conglomerado de trabajadores de la industria de la construcción. Pero si la pluralidad de identidades gremiales era la tónica del mundo del trabajo mendocino, ello no suponía la completa ausencia de iniciativas destinadas a la unificación en vista a mejorar la capacidad de negociación con las patronales bajo el amparo estatal, en vista a la eventual salida electoral, y a las expectativas abiertas para expandir las políticas del bienestar. Al respecto, la acción sindical que Garzón Rogé restituye no resulta independiente de las condiciones institucionales dispuestas por el régimen militar que desplazó a favor de la órbita federal, la regulación entre capital y trabajo hasta el momento gestionada en las jurisdicciones provinciales. Ese cambio se tornaría decisivo para los trabajadores sindicalizados al diferenciar dos esferas o ámbitos de resolución de conflictos, y para distinguir el arbitraje practicado por Juan Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, de la inercia ejercida por los funcionarios locales.

| 13

Pero si la medida, cálculos y autonomías difusas modelaron las prácticas sindicales, las mismas no sobrevivieron al ciclo de tensiones que estallaron al promediar el año 45, cuando la huelga declarada por los empleados de Vialidad y la solidaridad extendida que ganó entre los gremios, dio lugar a una ola de detenciones de huelguistas que activó no solo la oposición del arco demócrata-comunista contra el gobierno militar, sino que puso en duda por un instante entre las filas obreras las promesas reivindicativas del coronel Juan Perón. Ese momento de extrema tensión política y social, que la autora restituye con estilizada agudeza a partir de una lectura inteligente de la prensa vernácula, y del nutrido repertorio bibliográfico dedicado a develar los «enigmas» sobre los orígenes del peronismo, permite apreciar la cadena de acontecimientos que de manera simultánea, inclinaron y afianzaron las identidades peronistas entre los trabajadores mendocinos volcándolos de lleno en el campo político y electoral. De esa manera, las imágenes que nos regala de aquel quiebre decisivo en la historia del país, abandonan el registro de la mera réplica de sucesos, episodios y acciones políticas dirimidas en la cúspide del sistema político de decisiones, o en las principales plazas del país, y dotan de protagonismos y sentidos a la acción política de las periferias. Esta será, sin duda, una de las impresiones más atractivas que podrá obtener el lector al completar la lectura de este libro.



La imagen de Perón como un genio todopoderoso fue ubicua durante mucho tiempo. Peronistas y antiperonistas, por distintas razones y a través de los años, le dieron el título de inventor de la experiencia política que llevó su nombre. Los primeros vieron en él a quien pudo reconocer los padecimientos del pueblo argentino y ofrecerle una nueva ruta. Los segundos consideraron que sedujo indebidamente a las masas y arrastró al país hacia una debacle duradera. En ambas percepciones, el coronel que fue adquiriendo un lugar cada vez más central en la Argentina luego del golpe de estado de 1943 aparecía como el artífice de su propio destino.

El proceso de formación del primer peronismo fue, sin embargo, de una gran complejidad e implicó a diversos actores. Este libro viaja por ese proceso a través de una ruta provincial, la de Mendoza. Recorre la historia que se abrió con el golpe militar de junio de 1943 y se clausuró en las elecciones presidenciales de febrero de 1946 con una mirada general pero desde la dimensión local. Aventuras como esta comenzaron a ensayarse hace dos décadas en distintas latitudes del país. Desde entonces, los estudios sobre el peronismo en las provincias y en las localidades han permitido no solo un análisis más «completo» del período, sino también la aparición de nuevos problemas de investigación y de distintas perspectivas para comprender mejor la experiencia peronista.

Los primeros estudios sobre el peronismo giraron principalmente en torno a preguntas por su formación a nivel social: cómo se hicieron peronistas los trabajadores, de qué tipo de trabajadores se trataba, cómo se vinculaba la experiencia peronista con las consecuencias de la industrialización comenzada durante los años treinta, con procesos migratorios vividos en la Argentina y las tradiciones obreras existentes. Esas indagaciones, como cualquier indagación, implicaban interpretaciones subyacentes más o menos explicitadas. Por ejemplo, si se sostenía que los trabajadores que habían optado por el peronismo eran «nuevos migrantes», es decir, personas provenientes del campo recientemente instaladas en las ciudades, se abonaba a favor de una hipótesis que señalaba que

el peronismo se había beneficiado de la ausencia de cultura obrera de los trabajadores rurales y de su supuesta inclinación a relacionarse de manera paternalista (antes con el patrón y luego con Perón).

16 |

Desde el comienzo, los estudios sobre el peronismo en el interior del país se hicieron otras preguntas. Esto se debió de manera especial a que las primeras claves interpretativas no parecían ser útiles para comprender las experiencias provinciales en las que no podía adjudicarse mayor importancia ni al proceso de industrialización, ni a la llegada de cuantiosas migraciones rurales, ni a las tradiciones preexistentes en un movimiento obrero pequeño o inexistente. De modo que la pregunta por la política, las tradiciones ideológicas y por los políticos cobró especial relevancia. Se intentaba buscar por ese camino que otorgaba relativa autonomía a los procesos políticos (de lo que ocurría en la sociedad) una explicación sobre cómo había sido posible el peronismo en las provincias. El Partido Peronista comenzó, al mismo tiempo, a recibir atención por primera vez en la historiografía una vez que la idea de que había sido una «cáscara vacía» fue superada por la gran evidencia empírica que mostraba una intensa y conflictiva vida en su interior. Los casos que comenzaron a estudiarse exigían nuevas preguntas.

Este libro propone una historia de la formación del primer peronismo desde Mendoza. No se trata solamente de describir un período deficitariamente conocido del pasado. La hipótesis general es que la indagación en la dimensión local permite advertir especialmente la complejidad de las prácticas sociopolíticas que se trabaron en ese momento para que el peronismo fuera posible. Esto último pone el acento sobre dos asuntos principales. El primero es la importancia de las *prácticas situadas* de los actores, es decir, de lo que ellos hacían y también de lo que consideraban que hacían en un momento y en un lugar específicos. Un ejemplo para ilustrar esta idea: la relación del peronismo naciente con los ideales de la democracia. ¿De qué vale medir cuán democráticos o antidemocráticos eran sus impulsores según nuestros patrones actuales (por cierto diversos)? Y en todo caso, ¿cómo se puede medir tal cosa? Es más interesante explorar qué es lo que los contemporáneos consideraban democrático o antidemocrático, cómo se valían de esas palabras, con qué experiencias precedentes las ponderaban y cómo las ponían en juego en el contexto particular de sus acciones y en relación al resto de los actores. El segundo asunto que la hipótesis general subraya es la *imbricación entre lo social y lo político*, ambos términos tomados en su acepción más extensa. Las prácticas sociopolíticas son tanto las prácticas sociales percibidas por

los contemporáneos como políticas, como las prácticas políticas que son filiadas por ellos con clivajes sociales, siempre en el marco de contextos específicos. En los años que ocupan a este libro, para no ir muy lejos, es muy importante por ejemplo reparar en cómo el color de la piel, el nivel educativo o la condición social adquirieron significados políticos específicos.

En el curso del libro se pueden perseguir muchos otros hilos que dejan ver tanto la importancia de los contextos y del sentido de los contextos para la acción como la relación que fueron teniendo lo político y lo social en los albores de la experiencia peronista. Tal vez lo más interesante de un enfoque de las prácticas sociopolíticas en el momento de la formación del primer peronismo en una dimensión provincial sea poder acompañar (lejanamente, porque el pasado será siempre un lugar desconocido) a los actores en los procesos de construcción de sí mismos como tales. ¿Cómo se hicieron peronistas los peronistas? ¿Cómo se hicieron antiperonistas los antiperonistas? ¿Cómo el peronismo devino peronismo? Ir rastreando paso a paso, a veces detalladamente, pero siempre teniendo en cuenta que una misma experiencia puede verse desde múltiples ángulos (y así lo hacían sus protagonistas) es una ventaja que tienen y pueden explotar los estudios en la dimensión pequeña. Curiosamente, desde lo pequeño, esa perspectiva puede arrojarnos en la marea de las grandes preguntas, de aquellas preguntas que no son las del «deber ser» de las cosas, sino las de cómo fueron, las que tienen que ver con las vidas reales de los sujetos que ya no están aquí.

| 17

A pesar de intentar un acercamiento denso y relacional de aspectos de diversa índole, el libro tiene un armado clásico que, a los fines de facilitar la exposición y la lectura, se vale de divisiones tradicionales. Comienza con una revisión del régimen militar instaurado en junio de 1943, poniéndolo sobre el telón de fondo del gobierno anterior y describiendo las dos intervenciones federales que se sucedieron en Mendoza. Luego, el texto se dedica a explorar en los escenarios de la política. Se ocupa de la opción de un grupo de radicales por colaborar con el gobierno militar y de las oposiciones que se fueron desplegando con gran intensidad en la provincia con el correr de los días. En un tercer momento, el recorrido enfoca a los trabajadores organizados de Mendoza. Describe, sobre todo, cómo se fue tramando y cómo se fue transformando su relación con el

gobierno militar. El último capítulo aborda el momento más intenso de 1945 del que emerge, finalmente, el peronismo local. Allí se cruzan los actores y se acelera el tiempo de la historia. La narración termina, como ya se ha anunciado, con la victoria electoral de Perón en febrero de 1946.

18 |

La noticia que llegó desde Buenos Aires el 4 de junio de 1943 hizo que el mundo político local entrara en un estado de incertidumbre que duraría varios días. El golpe militar que se produjo entonces no era un acontecimiento sospechado ni esperado. Uno de los ministros mendocinos, Francisco Romero Day, comentó que en ese momento nadie sabía «por qué hay revolución, ni quiénes la han hecho» (Francis, 1950, p. 385-386). ¿Cuáles eran las motivaciones de los sublevados? ¿Cuánto tiempo proyectaban permanecer en el poder? No había mucho más que rumores.

El golpe había sido protagonizado por un conjunto heterogéneo de actores que solo tenía en común su oposición a la inminente proclamación de la candidatura que el presidente Ramón Castillo estaba por hacer pública. El suelo común que unificaba a los promotores del golpe era la decisión de aquel de dar su *media palabra* para que su sucesor fuera Robustiano Patrón Costas —esa era una fórmula que irónicamente se refería al impulso oficial que recibía un candidato en los años del fraude y que le garantizaba, por decirlo de algún modo, la mitad de la victoria. Pero advertir ese motivo común no permitía deducir el color ideológico del movimiento, ni saber en contra de qué intereses se había realizado, ni hacer pronósticos sobre su futuro.

La candidatura del hacendado norteño Patrón Costas representaba una potencial definición de la política argentina en relación a dos de los principales problemas de la época. Por un lado, era simpatizante de sostener el fraude electoral como herramienta «patriótica» para controlar el régimen político. Su consagración hubiera significado continuar por la vía del desgaste de las prácticas electorales. Por otro lado, era partidario de la causa de los aliados en la Segunda Guerra Mundial desatada en 1939 y de la política internacional de Estados Unidos. Su elección hubiera constituido, seguramente, una amenaza para los grupos que bregaban por una posición de neutralidad y, además, despertaba resquemores en los ámbitos castrenses pro Eje. El cariz del golpe de estado era difícil de descifrar para los contemporáneos: ¿era para terminar con el fraude? ¿a favor de una política de neutralidad internacional? Como explicó Juan



Carlos Torre, el golpe del 4 de junio tuvo el efecto de aglutinar el descontento de dos sectores de las Fuerzas Armadas que tenían perfiles distintos. Ligó tanto a los oficiales que creían que ya era tiempo de regenerar las prácticas políticas con aquellos que deseaban que la Argentina continuara siendo un país neutral en el conflicto bélico mundial.

El gobernador Adolfo Vicchi recibió pocos días después un telegrama en el que se lo invitaba a permanecer en su cargo. Es posible que en ese pedido hayan influido simpatías existentes entre los *gansos* de Mendoza y algunos de los militares involucrados en el golpe que conocían la gestión de los conservadores en la provincia por haber prestado servicios en la Agrupación de Montaña de Cuyo y haber frecuentado ámbitos de sociabilidad común con personalidades de la política local en el curso de sus estadías. Pero nada de esto logró ablandar a Vicchi en su decisión de rechazar el convite oficial. Contestó desafiante, a través de un texto en el que se dirigía a Pedro Ramírez, cabeza del nuevo gobierno, en términos de «General» en lugar de «Presidente». Y lo exhortaba a entregar el mando a la Corte Suprema de Justicia de la Nación para evitar «los gravísimos males que se avecinan» (Vicchi, 1996, p. 123).

Más allá de esos roces, es interesante tomar nota de que la salida del gobierno depuesto se realizó a través de un acto oficial. El jefe de la Agrupación de Montaña, el comandante Humberto Sosa Molina, recibió de manos de Vicchi el mando de la provincia. En un gesto que difícilmente podría ser interpretado como un signo de enemistad extrema, todo el equipo de ministros estuvo presente para la ocasión. Uno de ellos, Mario González, recordó más tarde que el militar elogió en aquella oportunidad la gestión del gobernador que estaba desplazando. El desarrollo de una ceremonia institucional y la cordialidad que parece haber reinado en ella son factores que permiten intuir que los actores estaban ensayando, tanteando, midiendo consecuencias, dudando de sus lecturas, tejiendo hipótesis. En otras palabras, que el panorama de la situación era poco claro para los contemporáneos. ¿Qué rumbos podían tomar los acontecimientos?

Tan complejas eran las perspectivas sobre lo que estos gestos podían significar y la incertidumbre sobre lo que sucedería de allí en adelante que, al término de aquel evento, se produjo una situación confusa. Romero Day recuerda que la multitud concentrada para la ocasión aplaudió al gobierno saliente. Sin embargo, fuentes gráficas apuntaron que una muchedumbre lanzó piedras contra los funcionarios y los chifló. Un pasquín nacionalista pro Eje que simpatizaba con Vicchi, *Crónica*, dijo

que el grupo que lanzó improvisados proyectiles estaba compuesto por comunistas, radicales, socialistas y *gansos blancos* (*Crónica*, 11 de junio de 1943). También la prensa socialista se ocupó del episodio, pero señaló a los nacionalistas como responsables de la agresión. En realidad, no importan las versiones disonantes sobre ese hecho, un episodio que, después de todo, es anecdótico. Importa que existan versiones tan diferentes porque ello supone que para los contemporáneos se trataba de un momento crítico, timoneado por la confusión, en el que parecían definirse grandes cuestiones, en el que había energías muy vigorosas bregando por arrojarse en la marea de la historia.